

tema de Protección Social (Gobierno, CC.OO., CEOE y CEPYME, 9 de abril de 2001), orientado, de acuerdo con las recomendaciones del Pacto de Toledo, a la dotación del Fondo de Reserva mediante los excedentes en cotizaciones sociales provenientes de las liquidaciones presupuestarias. Este acuerdo no fue suscrito por la central sindical UGT.

Este es el panorama que presenta la concertación social española hasta el presente³. Claro está que en la evolución que acaba de reseñarse no siempre fue posible, por unas u otras razones, alcanzar el consenso deseable. En todo caso, todavía queda mucho camino

“En la década de los noventa y hasta la actualidad se asiste a un renacer de la concertación bajo nuevas formas y con un mayor grado de institucionalización, con decreciente intervención del Estado y mayor espacio para la autonomía colectiva de los agentes sociales.”

ció expresamente el Presidente **Aznar** en el discurso de clausura del XIV Congreso del Partido Popular –en el que, sorprendentemente, no hubo tratamiento alguno de la concertación social– *“la contribución de los agentes sociales ha sido decisiva”, “en el avance y la prosperidad que el país está teniendo... y les pido que lo sigamos haciendo. Removiendo obstáculos y apostando por la movilidad del país”*.

por recorrer en el complejo y siempre conflictivo ámbito de los acuerdos socioeconómicos. Pero es el único que puede conducir a un futuro más justo, de mayor bienestar y cohesión sociales.

Antonio CHOZAS BERMÚDEZ, Leopoldo GONZALO GONZÁLEZ
Adolfo IRANZO GONZÁLEZ

³ Las centrales sindicales UGT y CC.OO. convocaron una Huelga General para el 20 de junio de 2002 exigiendo la retirada de la propuesta de Reforma Laboral presentada a los agentes sociales, mientras que el Gobierno sólo acepta discutir punto por punto.

MÁS EUROPA, MÁS ESPAÑA

Íñigo MÉNDEZ DE VIGO Y MONTOJO

*“Algunos españoles –ha escrito Salvador Giner– preferiríamos no vernos obligados a reflexionar tan frecuentemente sobre nuestro lugar en Europa o, por lo menos, en los términos en que solemos hacerlo, que son los de saber si somos o no europeos del todo. Por ello nuestras reflexiones en torno a Europa, ya desde la época de D. Francisco de Quevedo, no están libres de una cierta angustia y hasta de incertidumbres existenciales, o como se acostumbra a decir ahora, de identidad no resuelta. Para una civilización de la envergadura de la Hispana y para una historia y un presente como los nuestros, sin los cuales Europa sencillamente no se explicaría, la cosa tiene aires de neurastenia nacional. No sólo de incógnita”*¹.

TIENE razón **Salvador Giner**. Pero ello no es óbice para que todos intentemos poner un poco de luz y también de esperanza en un momento especialmente decisivo en la historia de la construcción europea y por ello también de España; un momento histórico en el que bajo la Presidencia española de la Unión y cuando aún resuenan las consecuencias de los atentados terroristas del 11 de septiembre, el euro ha sustituido a las ya vie-

¹ “Reflexiones sobre España”. Fundación Foro Jovellanos para la Innovación Social (Madrid 2000).

jas monedas nacionales y la Convención Europea se apresta a redactar un acto refundador bajo el impulso de la más ambiciosa ampliación de su historia. Esta reflexión entronca con las conmemoraciones

del vigesimoquinto aniversario de las primeras elecciones democráticas del reinado de **Juan Carlos I**.

Hace cinco lustros, cuando muchos europeos temían que los españoles representáramos a la muerte de **Franco** esa terrible escena del cuadro de **Goya** que lleva por título "A garrotazos" sorprendimos a todos —quizá también a nosotros mismos— con un ejemplo de madurez y moderación. Hay un factor de esa moderación que cautivó profundamente a los estudiosos del modelo español hacia la democracia. Me refiero al apoyo unánime de todas las fuerzas políticas españolas a nuestra incorporación a Europa, que constituyó, no lo olvidemos, el acuerdo más importante del primer Consejo de Ministros celebrado tras las elecciones de 1977.

A diferencia de la europeización de España preconizada a comienzos de siglo por pensadores e intelectuales, pero sin eco popular alguno, la incorporación de España a Europa constituía en 1977 un verdadero clamor nacional, el ansia de todo un pueblo. Las razones de esta rara unanimidad en torno a Europa en un pueblo tradicionalmente caracterizado como individualista son varias. Ante todo,

"A diferencia de la europeización de España preconizada a comienzos de siglo por pensadores e intelectuales, pero sin eco popular alguno, la incorporación de España a Europa constituía en 1977 un verdadero clamor nacional, el ansia de todo un pueblo."

para los españoles de 1977 Europa significaba democracia, libertad y respeto a todas las opiniones, en suma, y una vez más moderación. Europa significaba también prosperidad y bienestar material; y no era para menos, porque de un continente arrasado por la guerra, la construcción de Europa había posibilitado la conversión de la Comunidad en una potencia económica de primer orden. Europa significaba también un sentimiento, quizá un tanto difuso de reencuentro con nuestro pasado. Parecía como si los españoles rechazáramos aquel *Spain is different* pensado para atraer turistas; como si quisiéramos desterrar esa imagen de España creada por el romanticismo y difundida por los escritos de **D. Jorgito el Inglés** o **Próspero Merimée**, esa "España de charanga y pandereta..., devota de Frascuelo y de María" que forma parte de nuestra manera de ser, pero que sólo es una parte y no el todo; queríamos ser en suma un país como los demás, con sus características, sus defectos y también sus virtudes, pero alejado de los tópicos y con una vocación de participación en el futuro de Europa.

Hay un hermoso pasaje de *El Quijote* donde el viejo hidalgo explica a Sancho que Homero y Virgilio no describían a los personajes "como ellos fueran sino como habían de ser, para dar ejemplo a los venideros hombres de sus virtudes". Pienso que tanto **Homero** como **Virgilio** hubieran descrito como fueron a aquellos españoles

de entonces, que tuvieron visión, ambición y tesón; pues gracias a ellos España pasó a formar parte de las Comunidades el 1 de enero de 1986.

Desde aquella fecha y a la manera orteguiana, los españoles hemos hecho de la idea europea una empresa, en la que nunca ha faltado la "affectio societatis". Por ello nuestra participación ha tenido un gran calado. El ex presidente de la Comisión Europea, **Jaques Delors**, me comentó en cierta ocasión la agradable sorpresa que le produjo la vocación integracionista de España y Portugal. Menos de un año después de nuestra incorporación, decía, parecía como si fuéramos miembros fundadores de las Comunidades.

Más recientemente, el Presidente de la Convención Europea, **Valery Giscard d'Estaing**, me comentaba el protagonismo de los españoles. Están ustedes en todos lados, decía con indisimulada admiración.

Esta participación activa de España en la construcción europea ha tenido varias consecuencias. En primer lugar, España es hoy un país que ha vencido los complejos. Ya no somos la excepción y nuestra integración ha supuesto la ruptura con determinadas actitudes que caracterizaron la política española del Novecientos. Pienso, por ejemplo, en la neutralidad que nos mantuvo al margen de los acontecimientos europeos durante 130 años. Cuando hoy

se debate la Política de Seguridad y Defensa en Europa y se esgrimen en favor de la neutralidad argumentos basados en la tradición de éste o aquel país, siempre me viene a la memoria la "tradicional neutralidad española". Seamos claros. La neutralidad no es algo grabado a fuego en el alma de un pueblo, sino una opción política motivada casi siempre por las circunstancias del momento. Cuando éstas cambian, puede y debe cambiar también la opción. Eso es lo que hizo nuestro país durante los años 80 y 90.

En segundo lugar, se ha producido un cambio en la percepción inversa o, lo que es lo mismo, la manera en que los europeos conciben a España. No somos ya el país del *very typical* y la sangría, ni la versión siglo XXI de "Carmen la cigarrera". La España que perciben los europeos es la que ven en las novelas de **Javier Marías** o de **Vázquez Montalbán**, la que aparece en las películas de **Almodóvar**, la que abre una tienda de Zara en cada esquina de una ciudad europea, la que arrasa en la Champions o asombra en los campos de golf.

Esa España, que apoyó unánimemente nuestra entrada en las Comunidades hace tres lustros, sigue hoy apoyando de forma muy mayoritaria —como demuestra el eurobarómetro del mes de marzo— nuestra pertenencia a la Unión. ¿A qué se debe este respaldo mayoritario al proyecto europeo cuando el en-

"La España que perciben los europeos es la que ven en las novelas de Javier Marías o de Vázquez Montalbán, la que aparece en las películas de Almodóvar, la que abre una tienda de Zara en cada esquina de una ciudad europea, la que arrasa en la Champions o asombra en los campos de golf."



tusiasmo se ha enfriado en otros países? **Manuel Castells** ha sostenido² que los europeos desconfían de la pérdida de identidad nacional, amenazada por la invasión de los inmigrantes y la supranacionalidad de la Unión Europea, rechazan unos gobiernos dominados por burocracias arrogantes en Bruselas o Washington y a una Unión pusilánime en el mundo y tecnocrática en Europa.

Si es verdad este panorama que pinta Castells ¿por qué no se traduce en un rechazo al proyecto europeo? No es sencillo dar una respuesta terminante, pero aventuro la siguiente. Cuando se inicia el proceso de construcción europea, a mediados de los años cincuenta, los objetivos de los padres fundadores eran la reconciliación franco-alemana como garantía para una paz duradera en el continente, la defensa de la democracia y las libertades fundamentales frente a un sistema soviético que las pisoteaba y la búsqueda de la prosperidad y bienestar a través de las recetas de la economía social de mercado. Para los padres fundadores entonces, y hoy para la mayor parte de la Europa continental, la construcción europea responde a unos valores y persigue unos objetivos determinados.

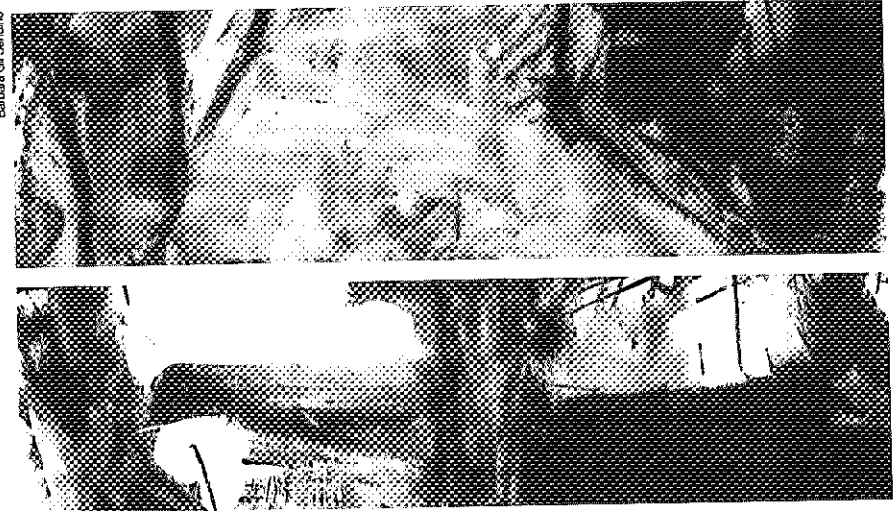
“La sensibilidad mostrada por los europeos hacia las víctimas del terrorismo –con el Parlamento Europeo y su Presidenta Nicole Fontaine a la cabeza– han calado en nuestro pueblo, que ha visto con satisfacción cómo nuestros socios perciben al terrorismo como una amenaza contra los valores, principios y libertades que todos combatimos.”

aporta al marco nacional. Ya en 1995 el ex-canciller alemán **Helmut Schmidt** se refería en estos términos a la juventud alemana: *“los jóvenes alemanes no son menos críticos que lo que eran hace años los del mayo del 68. Pero apenas creen en ideologías y teorías. Son objetivos y desapasionados”*. Los jóvenes así descritos no se adherirán a la Unión en virtud de postulados ideológicos, ni siquiera teleológicos. Su vara de medir es la eficiencia y su apuesta por la Unión Europea sólo será fruto de su convencimiento respecto a los beneficios que reporte.

Creo que los españoles hemos realizado una síntesis de ambas escuelas de pensamiento. La reconciliación franco-alemana significa poco para las generaciones actuales de España, pero la apuesta europea ha reconciliado a quienes durante decenios personificaron las dos Españas. La democracia y las libertades y Europa como referencia y garante de una y otras constituyen un valor en sí mismo para un pueblo que ha padecido las consecuencias de su

Existe además otra escuela de pensamiento que ha adquirido notable influencia tras las últimas ampliaciones. Se trata de la escuela anglosajona o nórdica, para quien la Unión tiene un componente utilitarista y cuya bondad se mide por el valor añadido que

Barbara Gil Sordino



ausencia a lo largo de su historia. En la dramática noche del 23 de febrero de 1981, cuando los españoles nos debatíamos entre el estupor y el esperpento, muchos pensamos que aquello no podía triunfar porque Europa no lo aceptaría. Creo que es un buen ejemplo de la interiorización de lo que Europa significaba en la conciencia de la mayoría de nuestros ciudadanos.

Pero además de esta referencia a Europa como garante de los principios democráticos, la experiencia demuestra cómo Europa significa también para muchos españoles un valor añadido. La entrada

de nuestro país en las Comunidades coincide con el vasto programa lanzado por la Comisión Europea en torno al mercado común, y la fecha simbólica de 1992 para llevarlo a cabo. El éxito de aquel proyecto, explicitado en la realización efectiva de las libertades de circulación de mercancías, servicios, personas y capitales, coincidió con un aumento del crecimiento económico y la primera expresión del principio de la cohesión económica y social,

que se tradujo en la duplicación de los fondos estructurales para el periodo 1988-1994.

Me parece innegable que España ha obtenido rendimien-

“En el momento de nuestra adhesión a las Comunidades, la renta media de las regiones españolas estaba situada en torno al 70 por ciento de las comunitarias; en el año 2002 sobrepasaremos el 84 por ciento.”

² La crisis de lo político. Diario El País. 25/04/2002

tos muy positivos de la política de cohesión. En el momento de nuestra adhesión a las Comunidades, la renta media de las regiones españolas estaba situada en torno al 70 por ciento de las comunitarias; en el año 2002 sobrepasa-

remos el 84 por ciento. La tenaz y brillante negociación llevada a cabo por el Presidente del Gobierno en el Consejo Europeo de Berlín, en marzo de 1999, permitirá a nuestro país seguir beneficiándose de estos fondos hasta el año 2007. Si el diferencial con las regiones de la Unión Europea disminuye a tenor de las previsiones del gobierno, habremos alcanzado en el 2010 la cifra del 90 por ciento de la renta comunitaria, con lo que el objetivo político de integración económica en la Unión será una realidad.

Cuando a finales de la década de los 80 se derrumbó el Muro de Berlín, los líderes de las entonces Comunidades se apercebieron del cambio de chip en la historia europea. Es lo que en otro lugar he calificado como *"la hora de la política"*³.

Los Tratados de Maastricht (1992), Amsterdam (1997), y Niza (2000) no han hecho sino profundizar ese proyecto. Y la opinión pública española siempre ha respaldado los avan-

"Cuando el PP gana las elecciones generales de 1996, nadie daba un duro por la incorporación de nuestro país a la moneda única, pues la política de los gobiernos socialistas había conseguido que España no cumpliera con ninguno de los cuatro criterios de convergencia establecidos en el Tratado de Maastricht."

ces en este terreno, ya fuera en la formulación de una política exterior común o en la definición de una política de seguridad y defensa. Los españoles hemos criticado amargamente -el eurobarómetro es una buena muestra de ello- la falta de coherencia o la debilidad de la Unión en estas materias, ya se trate de Bosnia, Kosovo o Afganistán.

Seguramente en los asuntos de Justicia e Interior los avances sean más llamativos. El proceso ya estaba en marcha desde el Consejo Europeo de Tampere gracias en buena medida a la labor del Comisario **Vitorino**, pero es innegable que los atentados terroristas del 11 de septiembre han contribuido de forma decisiva a la aceleración de los resultados. En otro lugar⁴ he recordado el impacto que produjo en la opinión pública española el asilo otorgado por el gobierno belga a dos miembros de ETA. Ese hecho sucedió en 1997. Ese supuesto no sólo sería hoy prácticamente inviable gracias al empeño del Presidente de Gobierno, plasmado en un protocolo anejo al Tratado de Amsterdam, sino que además, en el supuesto de referencia, y gracias a la euroorden que entrará en vigor en los próximos meses, aquellos miembros de ETA hubieran

sido puestos a la disposición del juez español que los reclamaba.

Creo que los avances en este ámbito tan sensible para los españoles -el terrorismo de ETA es el único nubarrón de ese *Smiling Spain* con que el prestigioso Financial Times caracterizaba a nuestro país- han contribuido también a nuestra identificación con Europa. La sensibilidad mostrada por los europeos hacia las víctimas del terrorismo -con el Parlamento Europeo y su Presidenta **Nicole Fontaine** a la cabeza- han calado en nuestro pueblo, que ha visto con satisfacción como nuestros socios perciben al terrorismo como una amenaza contra los valores, principios y libertades que todos combatimos.

También en el terreno económico, España ha acompasado su caminar al ritmo europeo. No es ningún secreto que en su origen el proyecto euro fue concebido para integrar al marco, al franco y a las monedas del entorno. De hecho, cuando el PP gana las elecciones generales de 1996, nadie daba un duro por la incorporación de nuestro país a la moneda única, pues la política de los gobiernos socialistas había conseguido que España no cumpliera con ninguno de los cuatro criterios de convergencia establecidos en el Tratado de Maastricht. Eran los tiempos en que nuestro país era calificado despectivamente como miembro del

Club Mediterráneo; es decir mucho sol, mucha juerga, pero poco más. Aznar supo percibir la importancia que tenía aquel tren en marcha y la necesidad de subirse a él. Supo explicar a los españoles el reto que significaba la ruptura con siglo y medio de aislamiento y consiguió aglutinar a los españoles en torno a la gran empresa del euro. Supo convencer a los europeos que los españoles éramos los "serios del sur".

Yo recuerdo con emoción aquel 2 de mayo de 1998, cuando nuestro país pasó con nota el examen de entrada en la moneda única, y no pude menos de acordarme de lo que aquel 2 de mayo significaba de ruptura con otro de nuestra historia, aquel 2 de mayo que nos desvió del camino, del progreso y de la libertad y nos introdujo en el incómodo laberinto del *"Vivan las caenas"*. Por lo demás, la puesta en circulación del euro, en enero de 2002, ha desmentido a los agoreros que habían pronosticado todo tipo de desgracias e infortunios. El euro ha sido una gran fiesta popular y acrecentará, estoy seguro, el sentimiento identitario de los europeos. Pero la apuesta por el euro

requiere otros compromisos; el más importante es la garantía del potencial de crecimiento.

La comparación con la situación en EE.UU. es un buen referente. Durante la pasada década, la economía norteamericana creció todos

"Aznar supo percibir la importancia que tenía aquel tren en marcha y la necesidad de subirse a él. Supo explicar a los españoles el reto que significaba la ruptura con siglo y medio de aislamiento y consiguió aglutinar a los españoles en torno a la gran empresa del euro. Supo convencer a los europeos que los españoles éramos los 'serios del sur'."

³ Méndez de Vigo, I. *En la hora de la política*. Boletín de la Fundación BBV.

⁴ García Margallo y Méndez de Vigo. *La apuesta europea: de la Moneda a la Unión Política*. Política Exterior. Biblioteca Nueva, 1998.

los años más del 3 por ciento, con excepción de un año; durante ese mismo periodo la economía europea creció todos los años por debajo del 3 por ciento menos uno. La necesi-

dad de potenciar el crecimiento económico es acuciante si queremos mantener los actuales parámetros del Estado del bienestar, exponente del modelo social europeo. ¿Es posible garantizar su mantenimiento con una tasa de desempleo estructural en torno al 10 por ciento en la Unión Europea? La respuesta es obvia, por ello urge tomar medidas: mayor liberalización en sectores como los transportes, la energía o las telecomunicaciones; mayor flexibilidad en los mercados de trabajo; mayor integración de los mercados financieros. Gracias a la hábil política del Vicepresidente Rato, el Consejo Europeo de Barcelona, ha roto con la situación de bloqueo auspiciada por los líderes

“El euro ha sido una gran fiesta popular y acrecentará, estoy seguro, el sentimiento identitario de los europeos. Pero la apuesta por el euro requiere otros compromisos; el más importante es la garantía del potencial de crecimiento.”

del Consejo Europeo —mayoritariamente socialistas, claro— desde los acuerdos de Lisboa en la primavera del año 2000. Confío en que el “método Barcelona”, consistente en definir un objetivo y acompañarlo de un calendario para la adopción de las medidas necesarias, sea un elemento capital para ese “Big Bang” del crecimiento económico que el euro debe personificar en los próximos años.

“El equipaje de los europeos es muy pesado”, afirmaba un ilustre participante en las jornadas organizadas recientemente por el Aspen Institute de Italia. Para equipaje pesado, pensaba yo, el de los españoles. Pero al menos, nosotros hemos aprendido una lección: que más Europa significa también más España. Bueno es que tengamos presente esta idea cuando la Convención Europea acaba de comenzar sus trabajos.

Íñigo MÉNDEZ DE VIGO Y MONTOJO

LOS DESAFÍOS DE LA DEMOCRACIA EN EL ÁMBITO IBEROAMERICANO

Eduardo FERNÁNDEZ JIMÉNEZ

Es muy grato para mí participar en este número de la prestigiosa revista VEINTIUNO. Los editores me solicitaron un artículo sobre el Ámbito Iberoamericano y, respetando ese marco temático, decidí escribir sobre los desafíos que está enfrentando la democracia en la Región, especialmente en mi país, Venezuela.

ESTÁ en riesgo la democracia en nuestros países? ...Esta misma pregunta me la hice en el seminario que organizamos conjuntamente la Fundación Popular Iberoamericana y el Centro Internacional de Formación Aristides Calvani-IFEDEC, en Caracas, en junio del año 2001, sobre “La Democracia en Iberoamérica”. En mi intervención dije que estoy convencido de que Iberoamérica puede y debe ser la referencia democrática para la modernización y el bienestar de toda la humanidad en este inicio del siglo XXI. Y lo sigo sosteniendo.

Por un liderazgo iberoamericano

El impresionante progreso que se ha logrado, especialmente en España y en Portugal en los últimos años, señala un camino claro para todos los países de Iberoamérica. Este artículo se inscribe en una visión optimista, cargada de esperanza. Se trata de afirmar nuestros valores culturales, conscientes, desde luego, de las grandes dificultades que juntos tenemos que superar. Estoy convencido de que el espacio Iberoamericano tiene un formidable potencial para